

Allen intentó controlar la respiración. Notaba el corazón acelerado, martilleando como un loco en su pecho, y un suave cosquilleo que aún le recorría cada vello sobre su piel como una corriente cálida y espesa. Tomó otra bocanada de aire y cerró los ojos para lograr contenerse. El orgasmo había sido... increíble. No encontraba las palabras. Tampoco las buscaba. Solo intentaba poner un poco de orden en su cabeza, en su cerebro aturdido por el placer del sexo. Poco a poco se fue calmando. El pulso se recuperó y la nube deliciosa en que estaba envuelto fue disipándose, dando paso a una extraña y desconocida sensación de vacío. Abrió los ojos. El techo de una habitación de hotel. Una de tantas. Observó su propio cuerpo tendido en la cama. El preservativo aún estaba tirante, ajustado a su miembro que empezaba a relajarse. Se pasó una mano por la frente para apartar el sudor del esfuerzo mientras con la otra se lo arrancaba, le hacía un nudo y lo arrojaba con furia a un rincón de la habitación. Luego lo tiraría a la papelera, porque... ¿Qué diablos le había sucedido? Estaba enfadado, excitado, confuso. Su mente volvió a nublarse al recordar los instantes que acababa de vivir. El cuerpo de aquella mujer entre sus brazos. Delgado y sinuoso, como el pecado. Su boca entre sus labios, sabrosa y anhelante hasta la asfixia. El sabor de su piel, una mezcla de pasión y miedo, de pudor y arrojo que le había vuelto loco. Solo recordarlo volvió a hacer palpar su sexo sobre el vientre desnudo y le hizo sentir una sed que ya no recordaba. Fue entonces cuando la puerta del baño se abrió arrojando una luz fría y pálida sobre la moqueta, y ella apareció intentado recomponer su maltrecha ropa.

Se había vestido deprisa y su blusa aún no estaba del todo abotonada, dejando entrever el suave encaje de un sujetador que él había arrancado hacía apenas una hora. En aquel momento se estaba subiendo la cremallera de la falda, los brazos hacia atrás, lo que hacía que aquel delicioso pecho se proyectara hacia delante, como un caramelo

que puedes ver, pero no degustar. Allen se relamió los labios. La deseó con tanta fuerza que casi fue doloroso.

—¿Te vas? —le preguntó.

Ella no contestó, parecía apresurada, intentando terminar con aquello cuanto antes. Salir de allí cuanto antes. Abandonó la cremallera de la falda para centrarse en recogerse el rubio cabello en una coleta y él de nuevo vio sus pechos aprisionados en unas pocas pulgadas de seda negra que cambiaban de dirección. La mujer era bonita, aunque no despampanante. Sus ojos podían ser verdes o ambarinos, dependiendo de cómo la luz incidiera en ellos, y parecían sorprendidos. Las pocas veces que los había mirado mientras la penetraba se había encontrado con la vergüenza y el miedo, el deseo y la pasión, la necesidad y la culpa. Por último ella se colocó la chaqueta y trasteó en su bolso.

—¿Puedo saber tu nombre? —pidió él, y su voz le resultó extraña, como un ruego anhelante.

—Quinientas libras —susurró ella con aquella timidez que no la abandonaba, depositando los billetes doblados sobre la mesita, tan al borde que estuvieron a punto de esparcirse sobre la moqueta—. Es lo acordado.

Allen miró el dinero y después a la mujer que esquivaba sus ojos. No sabía su nombre. No sabía nada de ella, solo que hacía apenas unos minutos se deshacía de placer entre sus brazos y a él le provocaba el orgasmo más desconcertante de toda su vida. La pasión que ella había demostrado se tornaba ahora en vergüenza, en arrepentimiento. Parecía una niña asustada que de pronto no sabía cómo pedir disculpas por una falta.

—De acuerdo —oyó Allen que decían sus propios labios, aunque lo que quería realmente era rogar que se quedara. Saber más de ella. Comprender por qué algo tan cotidiano en su vida de gigoló como el sexo pagado había sido tan diferente con aquella mujer anónima.

Ella no añadió nada más. Se colgó el bolso en un hombro y salió de la habitación de hotel con paso apresurado, apretando los muslos al caminar, como si quisiera olvidar lo que había sucedido entre aquellas sábanas, sin volver la vista atrás.

# 1

*Dos años después.*

**M**aría se observó otra vez en el espejo del cuarto de baño. No estaba segura de si le faltaba colorete o le sobraba carmín. Se decidió por esto último, así que se desmaquilló los labios con una toallita de papel para volver a retocárselos con un tono más pálido. Tampoco estaba segura del vestido elegido. Se lo había cambiado dos veces y aun así no creía que fuera la mejor elección.

—Cariño, ¿sabes dónde está mi *blazer* azul? El que me regalaste para mi cumpleaños —preguntó Edward desde el dormitorio.

Sonrió sin darse cuenta. Era una pregunta muy similar a la que le hacía todas las mañanas.

—Mira en el ropero. La puerta de la derecha.

Permaneció un instante expectante, hasta oír cómo se abrían y cerraban una a una todas las puertas del armario, de izquierda a derecha, hasta que Edward suspiraba y salía de la habitación seguramente con la prenda en la mano. Esperaba que se diera prisa porque ya llegaban tarde. Volvió a concentrarse en su maquillaje. Cajetines y utensilios estaban desperdigados por todo el tocador, y no porque ella fuera una forofa del color, sino porque en la empresa donde trabajaba era habitual probar todo lo que sacaban al mercado. Un poco de brillo en los labios y ya estaba. Miró otra vez el resultado. Siempre le parecía excesivo, pero en esta ocasión no podía entretenerse más.

Se separó un poco del espejo y observó el conjunto de aquel vestido blanco y ajustado con su cabello rubio y suelto sobre la espalda.

No, no estaba segura de haber acertado. ¿Se veía demasiado pálida, demasiado insípida?

Suspiró apoyada en la piedra de mármol amarillo que hacía de lavabo. Algo no marchaba bien. Era como una sensación extraña en el estómago. Un negro augurio que no le había abandonado durante todo el día. Ni siquiera ahora, cuando en breve disfrutaría quizá de una de las veladas más hermosas de su vida, había logrado alejarla de su cabeza. No, algo no iba como debería, y era incapaz de descubrir de qué se trataba.

—Tenemos que irnos —anunció la voz de Edward desde el otro lado de la puerta—. Y se ha puesto a llover a cántaros.

María suspiró de nuevo. Vestida de blanco y bajo un aguacero... ¿Se podía ir peor? Ya no le daba tiempo a cambiarse. Tendría que conformarse con ir a casa de Karen tal y como estaba.

Se echó una última ojeada.

—Adelante —se dijo en voz baja, solo para ella—. Nuestros amigos y un futuro perfecto nos esperan.

## 2

*A*l fin había dejado de llover y parecía que en las próximas jornadas tendrían una tregua de sol. La primavera en Londres era así: una mezcla de agua y tenue calor que volvía los días verdes y luminosos.

Menos los homenajeados, ya estaban todos, aquí y allá, alrededor de la mesa o junto a la chimenea, con cerveza o vino en la mano, a la espera de que alguien anunciara que empezaba la cena. Karen, la anfitriona, no permitía que los hombres entraran en la cocina. No era una cuestión de machismo, decía cuando alguien se lo recriminaba, sino de legitimidad. Ella y sus amigas necesitaban un espacio privado donde hablar y el calor de la lumbre era un territorio mágico desde tiempos inmemoriales. Junto a los fogones se percibía el mayor trajín. Mientras una cortaba el apio para la ensalada, otra enjuagaba los champiñones o daba las últimas vueltas a la salsa que acompañaría el rosbif. Era un ritual que siempre le había gustado: prescindir del servicio cuando recibía a los más íntimos. Además, aquella noche era muy especial. En algún momento sonó el timbre de la puerta.

—Yo abro —dijo Karen limpiándose las manos en su pulcro delantal y mirando el reloj de pared—. Deben ser ellos. Edward siempre es puntual.

Dio un último trago a su copa de vino y emprendió el camino para recibir a los protagonistas de aquella velada. Todo estaba perfecto, como siempre. La mesa decorada, la chimenea crepitante, sus amigos felices y entretenidos en charlas triviales y ligeras, y la cena casi lista para ser degustada. Se sintió satisfecha. Pocas cosas le hacían más feliz que pasar unas horas con sus amistades de toda la vida a las que apenas veía. El mundo estaba cambiando de forma vertigi-

nosa y cada vez tenía más claro que ella estaba en él para que ciertas cosas permanecieran.

Cuando abrió la puerta no pudo menos que sonreír de placer. Allí estaban los dos, la pareja perfecta. Edward y María. Dos personas hechas el uno para la otra. Ellos eran la prueba palpable de que existía el amor verdadero y duradero, de que era algo real, cierto, y que podía ser tranquilo y sereno como en este caso.

Edward era el perfecto caballero y así lo demostraban sus ademanes modelados por la más exigente educación. Y también era guapo, lo que no estaba de más. De grandes ojos verdes y cuidado cabello rubio que llevaba cortado con aire desenfadado. No era atlético, aunque sí estaba en buena forma; la mejor en que podía estar un neurocirujano recién salido de su residencia que había dedicado tantos años al estudio y a la preparación para convertirse en una joven promesa. De su mano iba María. ¿Desde cuándo estaban juntos? Ya no lo recordaba. No tenía una imagen de uno sin el otro. Toda la vida quizá. Desde que eran niños.

María era su mejor amiga en aquel momento y posiblemente la persona más dulce con la que jamás se había encontrado. Su confidente, podría decirse, si es que ella necesitaba algo así. Era una mujer bonita y menuda. Tan rubia como Edward y de ojos tan verdes como los suyos. Alguien podría confundirlos con hermanos gemelos si no fuera porque de vez en cuando, como de forma casual, se besaban ligeramente en los labios. A Karen siempre le había parecido que su amiga había decidido estar en la vida un paso por detrás de su prometido. Incluso ahora, delante de ella, él estaba allí plantado, fuerte y seguro, y ella de su mano justo un paso por detrás, rezagada. Y eso que María tenía suficientes méritos como para brillar con luz propia. Mientras él aún terminaba su residencia, ella ya era la directora de márketing de un grupo de cosmética en el que la tenían muy bien valorada. Eso y su belleza. Porque si bien en una primera impresión podría dar la imagen de ser solo una chica bonita, si se trataba con ella unos pocos minutos, esta cambiaba por la de una mujer tímida

pero deslumbrante. Karen nunca había podido descubrir por qué. Quizá era su forma de hablar suave y a la vez apasionada, su manera de moverse entre felina y desastrada, el brillo de su mirada entre sorprendida y sorprendente... Siempre había pensado que María era mucho más de lo que mostraba, de lo que dejaba ver, de lo que se permitía transmitir.

Y allí estaban los dos, para celebrar que en una semana Edward marcharía a París por un mes completo para terminar la última fase de su formación de la que volvería siendo el neurocirujano más joven, guapo y preparado del continente. Y también para brindar porque en unos meses la pareja se daría el «sí quiero» en la boda más exquisita que vería Londres en mucho tiempo y que ella misma se estaba encargando de organizar.

—¿Nos vas a dejar en la puerta con este frío? —dijo él levantando la botella de clarete que habían traído para la cena.

—Por supuesto que no, querido. —Karen les dio un abrazo a ambos para después tomarlos de la mano—. Hoy sois los agasajados y no quiero que tú tengas que quedarte en Londres con una pulmonía en vez de viajar al dulce París.

Los acompañó hasta el salón principal de la casa, una bonita residencia decimonónica al norte de Chelsea que había heredado de sus padres. Allí fueron recibidos con aplausos y vítores a los novios, besos y abrazos, hasta que Karen pudo sacar a María de aquel ajetreo y llevársela a la cocina mientras los hombres hablaban de trabajo. Sus amigas ya la esperaban con una copa de vino blanco helado.

—Si solo se va un mes —dijo María saludándolas una a una—. Si alguna vez tuviéramos que mudarnos de ciudad, no sé qué organizarías.

—La fiesta del milenio, no te quepa duda —contestó Karen—, pero eso no va a suceder jamás. No os dejaría marchar.

Había poco que hacer allí. La ensalada estaba aliñada, los entrantes relucían en sus bandejas y solo quedaban unos minutos para que el rosbif estuviera en su punto.

—Un brindis por la pareja más afortunada de los últimos tiempos —propuso una de las chicas levantando su copa—. No sé si podremos aguantar hasta septiembre.

—Por el mes de septiembre —exclamó Karen alzando su copa—, en el que mi amiga dirá el «sí quiero» al caballero más atractivo de la ciudad.

Brindaron y rieron mientras el asado acababa de hacerse en el horno. María estaba preciosa con aquel vestido blanco y sin mangas que se ajustaba a su cuerpo sin llegar a marcarlo. Sí, se casarían en unos meses y ella, pensó Karen, tendría una razón más para confirmar que el mundo era inmutable y siempre lo sería. La conversación entre viejas amigas discurrió entre los acontecimientos que les habían sucedido a cada una desde que no se veían, la actualidad política y cinematográfica, o las ventajas y dificultades de vivir en uno u otro distrito del Gran Londres. Por supuesto alguien le preguntó a María qué haría con la oferta de trabajo que le había hecho llegar su empresa. Era tan jugosa que había chillado de alegría delante de la directora general el día que la tanteó. Se sintió incómoda hablando de aquello. Intentó esquivar la respuesta porque sabía que vería más de una cara de decepción, pero en su fuero interno, aunque aún no la habían presionado para dar una respuesta, intuía que no podía aceptarla. De hacerlo, tendría que estar al menos un año en Estados Unidos, y ella no podía dejar a Edward abandonado, y menos recién casados. Él la necesitaba. A pesar de ser él quien organizaba las pequeñas cosas de su vida cotidiana, la necesitaba. Sí, era la oportunidad de su vida, el ascenso que siempre había deseado, pero estaba segura de que trabajando duro podría salir otra ocasión, y entonces pensaría qué hacer. Mañana sería otro día.

Mientras tanto, Karen hizo lo imposible para que María no interviniera en nada, pues era bastante improbable que saliera de aquella cocina tan inmaculada como había entrado. Estaba todo listo cuando el timbre sonó de nuevo.

—¿Aún falta alguien? Pensé que Edward y María serían los últimos —dijo una de las invitadas.



—Elissa —contestó Karen, que inmediatamente dio una explicación—. Solo va a estar en la ciudad unos pocos días. Y es mi vecina. No podía dejarla fuera. Además, es la nieta de un conde... Nobleza antigua.

Hubo cuchicheos y comentarios de disgusto cuando la anfitriona salió. A María tampoco le gustaba. De hecho, la había tratado muy poco, pero aun así también había sido víctima de su apabullante personalidad. Sin embargo, entendía que Karen la invitara. Su amiga era una buena persona y nunca le haría un feo a alguien a quien quisiera... y que tuviera un título.

María agradeció un momento de descanso. En los últimos meses solo hablaba con Karen de su boda. Podía llamarla a cualquier hora, por muy intempestiva que fuera, para consultarle cosas tan baladíes como qué largo tendrían los manteles, o si las servilletas debían ser de hilo holandés o egipcio. A los pocos minutos la paz se acabó porque ambas mujeres entraban en la cocina.

—Vaya, la hermandad Gamma Kappa reunida en un aquelarre —dijo Elissa a modo de burla nada más aparecer.

Algunas sonrieron, aunque la mayoría simplemente no le prestó atención. El rosbif ya estaba listo y una de ellas lo estaba preparando sobre una fuente azul de Meissen. Elissa, aparte de sardónica, era despampanante. Una morena de la edad de Karen, de metro ochenta y curvas de vértigo, enfundada en un vestido rojo fuego que le daba aspecto de diablesa. Era la antítesis de María, y esta casi se sintió pueril ante su impactante presencia. Su amiga diría que estaba cerca de los cuarenta, y el cirujano que ambas compartían había conseguido que así fuera, pero había que sumar una década para ser exactos.

—¿De dónde has sacado a ese hombre? —le preguntó la anfitriona a su vieja vecina en voz baja, lo que atrajo la atención del resto de las chicas. Elissa parecía contenta de oír aquello y saberse el centro de atención—. Es el tipo más guapo que he visto en mi vida. Dios mío, cuando he abierto la puerta me he quedado sin respiración.

—Un viejo amigo —repuso la aludida quitándole importancia, aunque sabía que de esa manera le daba toda la que pretendía—. Nos vemos de vez en cuando.

La curiosidad pudo con todas y al instante salían de la cocina con fuentes y bandejas camino de un comedor donde los hombres ya habían terminado de montar la mesa. Karen suspiró satisfecha al verlo todo ordenado; el mundo seguía su curso y ella había puesto su pequeño granito de arena para que así fuera.

Cuando vieron al compañero de Elissa, no todas pudieron disimular y a una se le escapó un silbido. Aquel tipo no era para menos.

—¿Seguro que no es el novio de Lady Gaga? —dijo una de las chicas más alto de lo que pretendía.

En aquel momento hablaba con Edward justo en el arco de entrada al comedor. Debía medir alrededor de uno noventa y le sacaba cerca de una cabeza a su interlocutor. Llevaba una americana oscura e informal sobre una camisa blanca, pero aun así se apreciaba que se cuidaba y mantenía su complexión atlética al día. El cabello castaño lo llevaba corto, aunque por más que se lo apartaba caía sobre su frente. Lucía una barba un poco crecida pero cuidada que le sentaba realmente bien. A pesar de la intensidad de su mirada, había que reconocer que sus labios eran impactantes: gruesos y jugosos, más oscuros de lo habitual, lo que le daban un aspecto provocador y prometían besos de desmayo. Y por supuesto los ojos. Eran increíblemente azules, de una luminosidad poco habitual que se percibía incluso en la distancia. Como si brillaran con luz propia. Grandes y almendrados, ligeramente caídos en los extremos, lo que le aportaban un aire soñador o quizá desamparado que lo hacían aún más atractivo. En efecto, el acompañante de Elissa era todo un espectáculo, más adecuado para una pantalla de cine que para una cena entre amigos en el centro de Londres. Pero allí estaba. «Mirar, pero no tocar», y se encontraba al alcance de todas.

Karen ejerció de anfitriona y lo presentó con pompa a cada una de las chicas, menos a María. No tuvo la oportunidad. Esta se había que-

dato en la puerta del comedor. Inmóvil con la bandeja de ensalada en las manos. Como una estatua de sal. Lo miraba a él fijamente, como si se tratara de una aparición. De algo imposible que no debería haber sucedido nunca.

—¿María? —preguntó Karen buscándola, pues era la única que faltaba.

Pero ella no se movió. Lo había reconocido. Era él. Alguien a quien pensaba que no volvería a ver jamás. Y menos aún rodeado de sus amigos. De su prometido. Alguien con quien había compartido apenas una hora de sexo durante una noche. De eso hacía ya dos años.

### 3

—*María* —volvió a llamarla Karen y ella se dio cuenta de que debía reaccionar antes de que alguien empezara a sospechar que algo no iba bien.

Sin mirarlo dejó la bandeja sobre la mesa y fue hasta donde su amiga la esperaba. La mayoría de los invitados ya estaban acomodándose, aunque no veía a Edward por ningún lado. Hacía un momento estaba allí y ahora... Sintió cierto alivio. La conocía tan bien que sabía que su turbación no le hubiera pasado desapercibida.

Solo cuando estuvo junto a Karen se atrevió a mirar de nuevo a aquel hombre brevemente a los ojos para ver si él la había reconocido. En ese momento le pareció apreciar confusión y sorpresa, aunque no estaba segura. Fue tan breve que no supo qué opinar, y a pesar de ser una mirada fugaz, notó cómo su corazón se aceleraba dando paso a un miedo irrefrenable.

Poco había cambiado en él en estos años. Quizá el cabello más corto y la barba más crecida. Por lo demás, debía reconocer que seguía siendo el mismo tipo guapo y atractivo que una única vez recorrió su cuerpo palmo a palmo, pulgada a pulgada hasta hacerla estremecer de placer. Ahora, sin embargo, solo le provocaba miedo, pavor. Aquel hombre, si llegaba a identificarla, podía destruirla. Un solo comentario y toda su vida se desharía como un helado al sol.

—Este es Allen —dijo su amiga sin percatarse del tsunami que se estaba formando dentro de ella—. No me digas que no es encantador. Elissa siempre nos sorprende con sus acompañantes.

María no sabía su nombre. En aquel encuentro ninguno de los dos lo había pronunciado. Tampoco se atrevía a mirarle a los ojos de nuevo.

Alzó ligeramente la vista, pero solo hasta donde él le tendía la mano. Era grande y fuerte, con la piel tostada por el sol. La estrechó de forma fugaz, como si quemara, sintiendo otra bocanada de pánico al recordar que aquellos largos dedos habían estado dentro de ella, en lo más íntimo, jugando y acariciando hasta arrancarle sensaciones nunca antes conocidas. Él se resistió un momento a dejar que su mano escapara, lo que hizo que María lo mirara a los ojos por segunda vez. Lo que vio la desarmó por completo: curiosidad y sorpresa. Ahora estaba segura y aterrorizada. Aquel hombre estaba preguntándose si no la había visto antes. María apartó los ojos al instante. Quizá esta había sido la primera vez que se enfrentaba a aquellos iris azules directamente. Durante aquella lejana noche había evitado mirarlos. No quería recordar al tipo que la estaba arrastrando a una cama de hotel sin apenas hablar. Se sorprendió de su color. Los recordaba hermosos, pero no tanto. Decían que el diablo era así, una mezcla de belleza y maldad. Había soñado muchas veces con aquel hombre que ahora tenía delante. Más de las que se atrevía a reconocer, y siempre habían sido sueños húmedos. Sueños en los que se le escapaba un gemido, apretaba los muslos y terminaba haciendo el amor con su prometido, asombrado y satisfecho de que su chica lo asaltara de aquella forma salvaje en mitad de la noche. El pánico y también la esperanza se debatían en su interior. Quizá ni la reconociera. Al fin y al cabo un hombre como aquel disfrutaría de una amplia cartera de clientas y ella solo había usado sus servicios en una única ocasión ya casi olvidada... Las palmas de las manos las tenía húmedas y notaba cómo las rodillas le temblaban. Nunca había sentido algo similar: una sensación de inseguridad, de desasosiego, de encontrarse ante un abismo y tener ya un pie en el aire.

—¿Ya te han presentado a mi prometida? —preguntó Edward apareciendo a su lado y tomándola por la cintura. Fue un gesto tierno y a la vez posesivo. Como una señal de que aquella mujer era suya, solo suya, y un tipo tan bien plantado como Allen no debía aspirar a nada con su chica.

—Intentaba hacerlo —dijo Karen tan envarada como se ponía cuando

las cosas no salían como había planeado—. Y ella es María, la prometida de nuestro homenajeado y una amiga inigualable. Se casan en unos meses y les estoy preparando la mejor boda que verá Londres en muchos años.

Allen los observó a ambos. Su mirada era fría, quizá distante, aunque a la vez no dejaba de ser agradable. ¿Se percibía un deje burlón en aquellos ojos o era como si no comprendiera qué estaba sucediendo a su alrededor? Había metido las manos en los bolsillos de los pantalones lo que podía ser una forma de controlarlas cuando no sabía qué hacer con ellas, o simplemente un gesto de suficiencia. Se humedeció los labios mientras se centraba en aquella chica tan bonita que le acababan de presentar, algo que escapó a la mirada de María, que en aquellos momentos estaba concentrada en la alfombra y rogaba por que todo terminara, porque una cena tan esperada como aquella acabara y aquel tipo desapareciera de su vista por siempre jamás.

—Encantado, María. —Allen liberó una mano para rascarse la cabeza en un gesto fresco y encantador—. ¿No nos hemos visto antes? Tu cara me resulta familiar.

—No lo creo —respondió ella de forma más precipitada de lo que pretendía, asaltada de nuevo por el temor a ser reconocida. Aquella voz, aquel modo de tocarse... Si no salía de allí le entraría un ataque de ansiedad y entonces todo estaría perdido.

—María trabaja en el centro. Cerca de Leicester. Quizá os habéis cruzado...

—No lo creo —volvió a repetir María sin poder contener el pánico que la atenazaba—. ¿Por qué no nos sentamos? El rosbif terminará enfriándose.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó Edward apartándole un mechón desvaído de la frente—. Tienes las mejillas ardiendo.

Ella sonrió y le quitó importancia.

—Es el calor —dijo intentando separarse de Allen—. La chimenea debe de llevar demasiado tiempo encendida.

No esperó una respuesta y se dirigió a la mesa, donde ya estaban sentados todos los demás. Por suerte, a Edward y a ella les habían guar-

dados asientos en la cabecera, mientras que Elissa había reservado una silla para su acompañante justo al otro lado del comedor. Eso al menos le permitiría no tener que conversar con él. Y sobre todo evitaría que le hiciera preguntas que no sabría contestar. Aquello era algo que jamás había esperado. Le habían garantizado discreción absoluta y ahora aquel tipo... Otro ramalazo de miedo azotó su espalda provocándole un escalofrío.

La cena se animó al instante. Edward era perfecto para eso. Lanzó un brindis por su prometida, por su residencia, por sus amigos y por casi cualquier cosa que se le ocurrió, lo que hizo que en muy poco tiempo el vino calentara los espíritus de los comensales y desatara las lenguas con risas y anécdotas entretenidas. De todos, menos el de María, que no podía apartar de su cabeza que aquel tipo estaba allí, sentado junto a sus amigos, cerca de su prometido, y que sabía algo que de hacerse público...

Durante la cena aquella misma desazón la obligó a mirarlo un par de veces y en las dos sus ojos se cruzaron. No es que quisiera hacerlo, todo lo contrario. Pero su turbadora y amenazante presencia era tan poderosa que la llamaba sin palabras, como un maleficio. Como un perfume. Sí. Así lo definiría. Como un aroma maligno e impertinente, pero a la vez delicioso, que la obligaba a buscar su origen. La primera vez ella apartó la vista asustada, como si hubiera sido una casualidad, pero la segunda él le sonrió. María notó al instante que la sangre acudía a sus mejillas y que el tenedor temblaba en su mano. De nuevo aquella sensación de angustia, de ansiedad, de desprotección. No estaba segura de qué era lo que le pasaba. Si se debía al pavor a ser descubierta o simplemente al indudable magnetismo de aquel hombre. Solo deseaba salir. Marcharse de allí y olvidarse de una vez por todas de una locura que había cometido en el pasado y que podía salirle muy cara en el presente. Vio la ocasión cuando los comensales se levantaron de la mesa para tomar unas copas en el salón anexo.

Se entretuvo tanto como pudo, esperando que todos salieran del comedor.

—Creo que voy a marcharme —le dijo a Edward ya en privado.

—¿Te encuentras bien? Me tienes preocupado. Apenas has comido.

Ella le quitó importancia e intentó sonreír, aunque le costó más de lo que esperaba.

—Abstemia primaveral —se excusó, acariciando el rostro de su prometido. Era un buen tipo y estaba segura de que quería pasar el resto de su vida con él. Cuando se descubrió pensando aquello, se turbó aún más—. Ya sabes que siempre me pasa factura en esta época del año.

Él también sonrió. Llevaban tanto tiempo juntos que era capaz de interpretar cualquier gesto de su rostro, pero hoy no era así. La reacción de María lo tenía un poco desconcertado. «Cosas de mujeres», pensó.

—De acuerdo. Voy a por mi chaqueta y nos vamos.

—No —dijo ella reteniéndolo por el brazo—. Quédate tú. Karen no nos perdonaría que nos fuéramos los dos. Es su fiesta y sabes cómo se pone si algo no sale perfecto. A mí sabrá disculparme.

Él dudó, aunque ella sabía que marcharse no era precisamente lo que Edward deseaba. Jamás desaprovechaba la ocasión de estar con sus amigos y pasarlo bien.

—¿Seguro?

María le dio un beso en los labios, cálido y ligero.

—Seguro. Despídeme de la *troupe*. Tomaré un taxi en la esquina.

Sin decir más, se encaminó a la puerta. No podía estar ni un segundo más allí, cerca de aquel tipo tenebroso. Tampoco cerca de Edward. La conocía tan bien que no tardaría en darse cuenta de que algo andaba mal y no pararía hasta que se lo contara. El miedo a ser descubierta no había disminuido y era una sensación que la hacía sentirse como una presa que percibe la presencia de su depredador. Ahora necesitaba estar sola antes de que aquella ansiedad se intensificara y el aire dejara de entrar en sus pulmones. Caminar y despejarse. Intentar poner tierra de por medio con aquel hombre que había aparecido de nuevo en su vida como una pesadilla.



## 4

El aire fresco consiguió que aquella sensación de pavor se fuera desvaneciendo poco a poco, dando paso a una profunda preocupación. Se había detenido cuando estuvo segura de que nadie la veía para doblarse sobre sí misma e intentar combatir aquella asfixia que la paralizaba. Jadeó mientras el aire puro de la noche intentaba abrirse paso en sus pulmones. Si aquel tipo hubiera hablado, si hubiera lanzado al aire algún comentario jocoso de aquella noche..., toda su vida se hubiera venido abajo como un castillo de naipes. Respiró hondo imaginando un fluido azul que expandía su diafragma. Notó cómo el aire oxigenaba cada célula, como un masaje pausado y continuo que conseguía ordenar sus ideas. Había estado muy cerca de la desgracia. Edward jamás debía enterarse de aquello. Jamás, pues nunca se lo perdonaría. ¿Cómo podía explicarle al hombre con el que iba a casarse que una noche cualquiera había contratado los servicios de un gigoló? Nunca, ni en sus peores pesadillas pensó que volvería a ver a aquel tipo, y menos en circunstancias como las de aquella noche.

Hizo otra espiración profunda y el aire salió de sus labios en forma de vapor. Se empezó a sentir mejor, menos angustiada. Esperaba que todo se redujera a esa noche. A Elissa apenas la veía un par de veces al año, y era bastante improbable que la próxima vez que se encontraran volvieran a hablar de aquel tipo. ¿Estaría también ella pagando sus servicios? Apartó aquella idea de su cabeza. No había razón para cruzarse con él nunca más. Nunca, nunca más.

Solo le quedaban unos metros para llegar a la esquina de la avenida donde estaba la parada de taxi cuando oyó que la llamaban por su nombre unos pasos por detrás. Se giró sin pensarlo y por segunda vez

en aquella noche notó un vacío en la boca del estómago. Una sensación de angustia muy cercana al terror.

—Pensaba que ya no te alcanzaría —dijo Allen, llegando a su lado de un par de zancadas. Tenía las mejillas encendidas por la carrera y un gesto en el rostro parecido a una media sonrisa entre burlona y mordaz.

En un primer momento María solo pensó en lo que los demás habrían dicho cuando aquel tipo había salido a buscarla. En lo que habría pensado Edward, pero Allen pareció saber qué sucedía dentro de su cabeza.

—Tranquila. Les he puesto como excusa que iba a buscar una botella de vino al coche.

Aquella explicación no la tranquilizó. Al contrario, sabía lo intuitivas que podían llegar a ser algunas de sus amigas atando cabos. De nuevo algo dentro de ella se convulsionó y el efecto tranquilizante del breve paseo desapareció al instante. Había estado segura de que si se marchaba, si desaparecía aquella noche, aquel tipo la olvidaría, se convertiría en una anécdota oscura que intentaría resguardar en el lugar más apartado de su memoria. Pero no era así.

—¿Qué... qué quieres de mí? —le espetó con la acritud que provoca la inseguridad.

Parecía que Allen ya esperaba algo así porque no se inmutó. La miraba de una forma extraña que María no supo definir, sin dejar de buscarle los ojos. ¿Deseo, curiosidad, interés? La cabeza ligeramente ladeada sobre los hombros, las manos de nuevo en los bolsillos, marcando una suficiencia que no le gustaba. A través de la sensación de angustia que sentía de nuevo, María buscó entre los recuerdos de un par de años atrás. ¿La había mirado así? Ya no lo recordaba, solo se veía a sí misma avanzando sin pudor los pocos metros que los separaban y lanzándose a sus labios, a los de un desconocido, a los de alguien que pensaba que no volvería a ver jamás.

Por un momento eterno no sucedió nada. Solo ellos dos en medio de una acera de un desierto barrio residencial. Incluso el lejano ruido

del tráfico se disipó. Él pareció reparar en que la situación empezaba a ser demasiado extraña y entonces rebuscó bajo el cuello de su camisa hasta encontrar una fina cadena de plata. Se la extrajo por la cabeza y trasteó con el cierre. Sus dedos grandes y torpes consiguieron abrirlo. Había un colgante en un extremo que cayó sobre la palma de su mano. Solo entonces Allen la tendió para que ella lo viera.

—Se te olvidó esto —le dijo instándole con la mirada a que lo cogiera.

—Eso no es... —empezó a decir María. Estaba segura de que no había olvidado nada en casa de Karen. Pero al observar con más detenimiento el objeto menudo que reposaba sobre la palma de Allen, un recuerdo ya olvidado se fue abriendo paso como entre una espesa niebla. Era un anillo de plata. Algo muy simple y modesto, con una pequeña gema de nácar incrustada. Ella había tenido uno igual. Lo había echado de menos en alguna ocasión, pero siempre pensó que se le había extraviado en el lavabo de algún restaurante o se le había caído en algún rincón velado.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó sorprendida, observando el brillo nacarado que titilaba en su mano.

Él sonrió abiertamente.

—Estaba entre las sábanas. —Ante la falta de empatía de ella volvió a su actitud expectante—. Terminó clavándoseme en la espalda. Si no, lo hubiera encontrado el servicio de limpieza...

María lo cogió para examinarlo de cerca. Podía ser el suyo o tal vez no. Pero aun así..., ¿cómo era posible que lo llevara encima después de tanto tiempo si aquel encuentro había sido fortuito? Una idea oscura fue tomando forma en su cabeza.

—No sé qué quieres de mí. —Estaba claro que aquel tipo había abandonado la cena y salido en su busca por algo concreto—. Aquello... fue un gran error... Yo nunca...

—Echamos un buen... rato —terminó él por ella.

—No sé qué habrás pensado —insistió María, pensando que quizá lo mejor sería ser belicosa y de esa manera aquel tipo desistiría de sus

oscuras intenciones—, pero no suelo ir por ahí pagando a hombres para conseguir sexo.

—Conmigo lo hiciste.

Las palmas de sus manos empezaron a sudar. ¿Había un tono de burla en su voz? Él seguía mirándola directamente a los ojos y ella no conseguía apartar la mirada de ellos. No los recordaba tan azules. Tan nítidos. La imagen de Edward, su prometido, ocupó su mente como un escudo. El hombre de su vida. La persona que había elegido para que la acompañara el resto de sus días. Y ella podía echarlo todo a perder si no era capaz de controlar aquella situación. Aquel tremendo error del pasado.

—Ignoro qué idea habrás sacado de mí, pero voy a casarme...  
—Aquellas explicaciones no servirían para nada—. Lo que sucedió...  
No quiero que pienses...

—Sin embargo, me pagaste quinientas libras por una hora de sexo sin palabras.

Allen volvió a hacer aquel gesto con los labios que podía ser una sonrisa. María tenía que reconocer que aquel tipo era turbador a pesar del pavor que le provocaba su presencia. Tan atractivo que casi la obnubilaba. No obstante aquello debía terminar en aquel mismo instante. Un error del pasado no podía perdurar en el presente y mucho menos ser alentado.

—No tengo dinero, unas pocas miles de libras ahorradas en el banco —dijo apenas con un hilo de voz—. No puedo darte más. —¿Y si a partir de ahora aquel hombre aparecía de vez en cuando para reclamarle dinero a cambio de su silencio?, pensó, horrorizada—. Toma —dijo trasteando en su bolso para buscar un par de billetes. Sus dedos torpes se movían con dificultad y en uno de los intentos por alcanzarlos el anillo fue a parar a la cartera—, esto es todo lo que llevo conmigo.

Allen arrugó la frente y se puso realmente serio. Ni siquiera se dignó a mirar la mano que le tendía el dinero

—¿Piensas que quiero chantajearte?

¿No era así? ¿Qué hacía allí entonces? Si lo que había sucedido entre ellos salía a la luz... Notó que las rodillas le temblaban. Solo sintió cierto alivio cuando él se apartó y los billetes volvieron a su bolso, aunque a su vez eso le producía mayor ansiedad. Si no era por eso, ¿por qué estaba allí en ese momento? ¿Por qué no hacía como ella y fingía no conocerlo? ¿Por qué no se marchaba y la dejaba en paz de una vez por todas?

—¿Qué quieres entonces?

Él sí pareció consciente de la tormenta interior que azotaba a María. Hizo aquel gesto con la mano de retirarse un cabello que era demasiado corto como para que le molestara y soltó el aire contenido en los pulmones. Hasta ese momento a María ni se le había ocurrido pensar que él pudiera estar tan nervioso como ella. Sin embargo, ahora empezaba a percibirlo: las manos en los bolsillos, el movimiento constante de sus pies cambiando el peso de su cuerpo, sus labios que desaparecían un instante para ser mordidos o chupados y volver a aparecer más jugosos que antes. Aquel descubrimiento la calmó ligeramente, aunque abrió nuevos interrogantes.

—Quizá me he equivocado intentando hablar contigo —dijo Allen, dando otro paso hacia atrás.

—Aquello... —repuso María, cuya confusión crecía por momentos—. Hace dos años... Es algo que no quiero volver a recordar. Te pediría, por favor, te rogaría que no vuelvas a hablar de ello.

Él asintió con la cabeza; al menos María no había salido corriendo.

—De acuerdo —concedió él tras desandar el paso que había retrocedido. María tuvo la impresión de que estaba más cerca. Demasiado cerca—. No hablaremos de aquello, a menos que tú lo pidas.

De nuevo se hizo el silencio entre los dos. Las cartas estaban boca arriba. Ya no cabía el disimulo. Habían sido amantes por una noche. Amantes a cambio de dinero, ambos sabían que él era un gigoló y lo mejor era dejar claro cuál sería su relación de ahora en adelante. Solo quedaba una duda por resolver. La misma que al principio.

—Allen... ¿Te llamas así, verdad? No pareces un mal tipo —dijo ella, cruzando los brazos sobre su pecho sin darse cuenta—. Pero... ¿qué quieres de mí?

Él se concentró en sus ojos. Había algo magnético en ellos. María esquivó la mirada.

—Me gustaría que nos viéramos una vez más.

¿Otra vez? ¿Es que no había entendido nada de lo que le había explicado? Aquello no había sido más que un maldito error. Ella no pagaba a los desconocidos por una noche de sexo. Ella iba a casarse con el hombre más maravilloso del mundo en apenas unos meses. ¿Es que no lo entendía?

—Te he dicho que aquello fue una locura...

—No me refiero a eso —terció él levantando una mano, algo parecido a una señal de paz—. Simplemente que salgamos a dar un paseo, a cenar, como amigos.

María tuvo ganas de reír. ¿De verdad le estaba pasando aquello? ¿De verdad aquel tipo pensaba que ella era de las que se llevaba a sus examantes a tomar un café?

—Creo que no lo has entendido —respondió, intentado de nuevo poner orden a aquel cúmulo de sensaciones que la asaltaban, recurriendo de nuevo a su escudo salvador—. El hombre que has conocido allí dentro es mi prometido, con el que me voy a casar en cuatro meses. Estoy enamorada de él, es todo lo que quiero. Tú solo eres...

—Lo sé —masculló entre dientes—, él se ha encargado de decírmelo. —Volvió a aquel gesto adusto—. Si me das una oportunidad, solo una, no volveré a molestarte.

María se puso seria. ¿Era aquello una broma? No podía darle ninguna oportunidad. No podía quedar abierto resquicio alguno. Debía dejar claro que aquello había sido el mayor error de su vida y que nunca más volvería a repetirse.

—No soy tu amiga, Allen, y esta conversación no debería estar pasando —declaró, mientras se ajustaba la gabardina en torno a su cuello—. Me aseguraron total discreción.

Él pareció comprenderlo. De nuevo un paso hacia atrás y las manos en los bolsillos.

—Bien —dijo sin poder evitar recorrer con la mirada su cuerpo delicioso que tiritaba bajo la gabardina—, entonces siento haberte molestado.

«No puedo bajar la guardia», pensó María, a pesar de que al ver cómo Allen levantaba también sus barreras sintiera algo tan inadecuado como deseo.

—Por favor, aléjate de mí —sentenció más para convencerse a ella misma que a él—. No quiero volver a verte.

Él se llevó dos dedos a la frente, como un saludo militar, y le lanzó una sonrisa cargada de misterio antes de contestar:

—Entendido.

Cuando se dio la vuelta para volver por donde había llegado, ella sintió tanto alivio como amargura.